

LAPALABRA

YELHOMBRE • REVISTA DE LA UNIVERSIDAD VERACRUZANA

Cecilia López Badano

cecilial@uaq.mx

Universidad Autónoma de Querétaro y Sistema Nacional de
Investigadores

Buenos Aires, literatura, historia y memoria

La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Número 56, abril-junio 2021, pp. 5-12.

ISSN:01855727

Xalapa, Veracruz, México



La Palabra y el Hombre. Revista de la Universidad Veracruzana
Lic. Benigno de Nogueira Iriarte Núm. 7, Col. Centro, C.P. 91 000
Xalapa, Veracruz, México
Tel. 8 42 17 00 / ext. 17 820

BUENOS AIRES, LITERATURA, historia y memoria

Cecilia López Badano

El historiador jesuita francés Michel de Certeau escribe, en un artículo sobre las relaciones posibles entre espacio urbano y discurso, establecidas a través de la similitud entre andar –eligiendo el recorrido personal entre las calles– y enunciar –eligiendo las palabras particulares entre todas las posibles en la lengua–: el acto de caminar resignifica la ciudad en el desplazamiento y cada discurso resignifica la lengua creando estilos personales. Así como la lengua se ejerce en el habla, el espacio urbano se “practica” –se ejerce– en los recorridos elegidos, donde también volcamos nuestra subjetividad apropiándonos de las ciudades.

Una de las formas de recorrer las ciudades, sobre todo aquellas que no nos son familiares, es la del *flâneur*, esa cuya cartografía literaria inaugura Charles Baudelaire y recrea Walter Benjamin. Pero no siempre es posible practicarla: las ciudades soñadas a veces son lejanas e inaccesibles: eso lo hemos aprendido claramente en el último año que, con sus restricciones pandémicas, canceló nuestras ilusiones flaneurísticas, incluso en donde vivimos, confinándonos al mundo escueto de las paredes domésticas.

Una de las formas de recorrer las ciudades, sobre todo aquellas que no nos son familiares, es la del *flâneur*, esa cuya cartografía literaria inaugura Charles Baudelaire y recrea Walter Benjamin. Pero no siempre es posible practicarla: las ciudades soñadas a veces son lejanas e inaccesibles: eso lo hemos aprendido claramente en el último año que, con sus restricciones pandémicas, canceló nuestras ilusiones flaneurísticas.

Sin embargo, hay otro modo de ejercer el flaneurismo, atisbando, aun encerrados, las ciudades por donde se nos ha impedido caminar: la literatura que liga su prosa a ellas enunciándolas amorosamente; entonces, si no puedo ir a Buenos Aires, voy a leerla, y también a escribirla, porque, como ha señalado Ricardo Piglia: “La ciudad trata sobre réplicas y representaciones, sobre la lectura y la percepción solitaria, sobre la presencia de lo que se ha perdido [...] sobre el modo de hacer visible lo invisible y fijar las imágenes nítidas que ya no vemos pero que insisten todavía como fantasmas y viven entre nosotros” (2005, 13).

En esto, ciudad y literatura se parecen.

Jorge Luis Borges (1899-1986) solía decir que Buenos Aires era una ciudad sin fantasmas –porque no tenía la densidad de palimpsesto de las urbes europeas con sus personajes (o de otras, latinoamericanas, como México, Cusco o Lima)– pero afortunadamente no todos los escritores han pensado lo mismo, ya que, para muchos, desde su origen, esta alberga fantasmas; entre los escritores que les han dado vida, se encuentra Manuel Mujica Láinez (1910-1984),¹ quien, en 1950, escribió *Misteriosa Buenos Aires*, un maravilloso libro de cuentos donde lo histórico y lo

La narración de Schmidl es un testimonio de sus viajes por lo que hoy son Argentina y Paraguay, interesante por ser de las primeras crónicas en provenir de un viajero no español y, por tanto, publicadas fuera de España. El relato narra el asedio al precario fuerte armado por los expedicionarios europeos y la imposibilidad para conseguir alimento en la llana y entonces poco propicia extensión pampeana, dificultad que convertirá a los aventureros en famélicos desesperados.

fantástico se entretienen en la refinada prosa de sus más de 40 historias cuyo escenario es la ciudad: desde los terribles desasosiegos de la primera fundación, en 1536, por Pedro de Mendoza, bajo el nombre de Real de Nuestra Señora Santa María del Buen Ayre –por la patrona de los navegantes sevillanos– hasta la decadencia de la vieja oligarquía en 1900.

Es lícito hablar de la “primera” fundación porque Buenos Aires fue quizás la única capital latinoamericana que tuvo dos; justamente, el tema de los tres cuentos iniciales gira en torno a ello y un cuarto, sobre piratas en su entorno. El primero se titula “El hambre” y, situado en 1536, se basa en lo narrado por el cronista alemán Ulrich Schmidl, quien se hiciera famoso luego de la publicación, en 1567, de su *Verídica descripción* (el título completo es extremadamente largo pero, por ello, da acabada cuenta de lo que vivieron allí: *Verídica descripción de varias navegaciones como también de muchas partes desconocidas, islas, reinos y ciudades... también de muchos peligros, peleas y escaramuzas entre ellos y los nuestros, tanto por tierra como por mar, ocurridos de una manera extraordinaria, así como de la naturaleza y costumbres horribilmente*

te singulares de los antropófagos, que nunca han sido descritas en otras historias o crónicas, bien registradas o anotadas para utilidad pública).

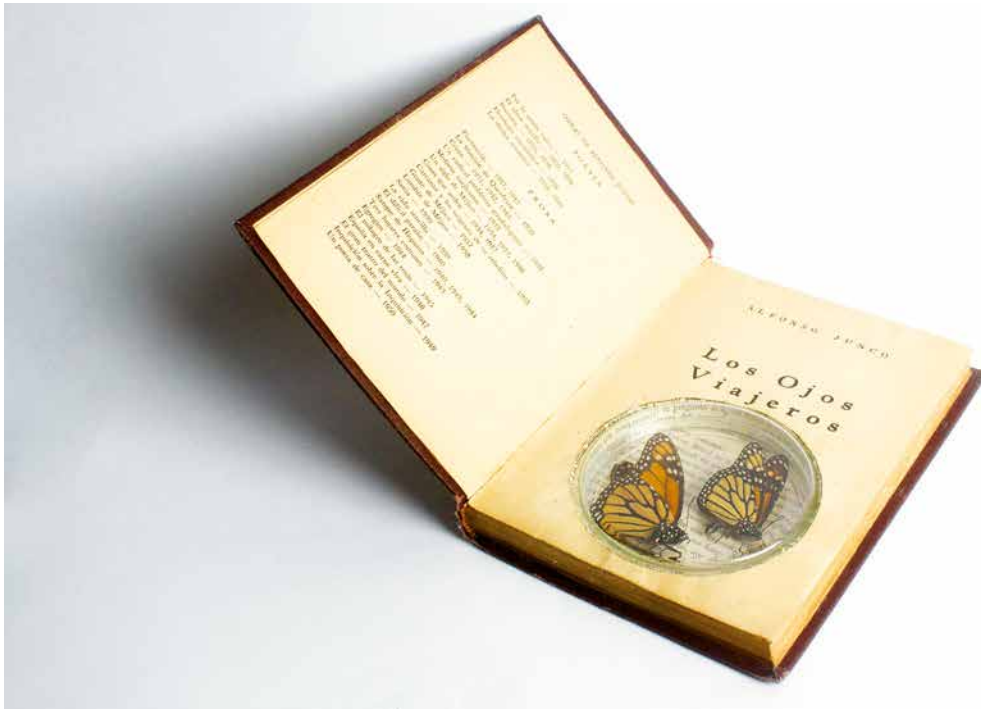
La narración de Schmidl es un testimonio de sus viajes por lo que hoy son Argentina y Paraguay, interesante por ser de las primeras crónicas en provenir de un viajero no español y, por tanto, publicadas fuera de España. El relato narra el asedio al precario fuerte armado por los expedicionarios europeos y la imposibilidad para conseguir alimento en la llana y entonces poco propicia extensión pampeana, dificultad que convertirá a los aventureros en famélicos desesperados; el clímax se centra en un trágico episodio de antropofagia entre los expedicionarios que enloquecerá a uno de ellos.

Cabe hacer acá una breve digresión: aclaro el dato de manera “racializada”, es decir que la antropofagia se dio entre los expedicionarios –blancos– porque ya había habido un episodio previo de canibalismo en 1516, pero por parte de indígenas rioplatenses, donde los devorados fueron los españoles; es el que funciona como hipotexto histórico no especificado de la novela *El entenado* (1983), de Juan José Saer, cuando los nativos sorprendieron a los integrantes de

la expedición de Juan Díaz de Solís en un descenso a tierra; solo se salvó el joven grumete Francisco del Puerto, a quien la tribu convirtió en prisionero; fue rescatado del cautiverio diez años después, por la expedición de Sebastián Gaboto. La novela narra retrospectivamente esa experiencia a través del recuerdo del hombre ya en su ancianidad. (Para más datos, véase Abbate, Florencia, 2012.)

Como surge tanto del relato de Schmidl como de su ficcionalización por parte del escritor, la situación se vuelve insostenible ante el reiterado asedio de los indios, lo que decidirá a los conquistadores a incendiar los restos de la modesta ciudadela y navegar hacia el noroeste por el ancho estuario, hasta el río Paraná, para remontarlo y fundar, en 1537, el pequeño fuerte militar llamado La Muy Noble y Leal Ciudad de Nuestra Señora Santa María de la Asunción, actualmente capital de Paraguay, desde 1541, cuando se fundó su Cabildo. La indicada será la fecha del segundo cuento: “La sirena”, este sí, fantástico, ya que narra la poética desventura de una sirena perdida en el río por el que los barcos españoles ascienden, camino a Asunción, cuando al no encontrar seres como ella en ese cauce fluvial y no marino, se enamora trágicamente del tritón de un mascarón de proa.

El tercer relato, “La fundadora”, ambientado en 1580, hoy puede ser considerado un homenaje feminista *avant la lettre*. Cuenta la historia de Ana Díaz, quien, a pesar de la estricta negativa de Juan de Garay a llevar mujeres desde Asunción en el viaje para refundar la ciudad en ese año –bajo el nombre de Ciudad de la Trinidad, por el que nadie la designaría, pero que solo sería cambiado oficialmente en 1996–, impuso su inquebrantable voluntad sobre la del segundo fundador y fue la úni-



Los ojos viajeros. "Cada año se le puede encontrar volando sobre praderas y extensos bosques del Canadá, cruzando las zonas áridas de Estados Unidos y México. Surcando incluso áreas tan inhóspitas para una mariposa como el golfo de México. Además del reto impuesto por las condiciones naturales, debe sortear innumerables escollos humanos, antes de llegar a los santuarios de México". JURGEN HOTH

ca mujer en la flota; finalmente se le otorgó una parcela en la primera distribución de tierras, igual que a cada uno de los hombres.

Es evidente que con la experiencia de lo que había sucedido menos de 50 años antes, en la primera fundación, y aún previamente, con los españoles devorados, Juan de Garay no encontraba muchos hombres interesados en volver; prometió entonces el reparto de tierras para los que se animaran. Seguramente, la única forma de convertirse en propietaria que tenía Ana, como mestiza (hija de un español y una indígena puesta como premio de un juego de dados por otro español) era convencerlo de que le permitiera incorporarse a la expedición para obtener también su parte. En Buenos Aires se casó con otro mestizo expedicionario, poseedor de la parcela junto a la suya. En la es-

quina sudoeste de Florida y Corrientes había una placa con su nombre: allí tuvo su tierra.

En esa pequeñísima aldea barroca y húmeda que era Buenos Aires en el siglo XVI, todavía hay un episodio más, vinculado a la historia "constatable": en "La enamorada del pequeño Dragón" se narra la captura allí de John Drake, el legendario sobrino (o primo hermano, según diferentes fuentes) veinteañero de Francis y la decisión de enviarlo a la sede inquisitorial limeña luego de unos pocos días de cautiverio en los que una muchacha esquiva se enamora perdidamente de él, quien solo puede mirarla desde la ventana alta y vallada de su celda. El relato de la muda pasión que los liga en el deseo se carga con un dramatismo similar al de la separación de los amantes en el círculo de los lujuriosos en el Infierno dantesco, y

la descripción de la furtiva ofrenda poética de ella consolida una de las historias más bellas e impactantes del libro.

La ciudad siguió siendo, por dos siglos más, una aldea perdida en el fin del mundo, sin siquiera ser sede virreinal como sus parientes prestigiosas y cercanas a las minas de metales preciosos imposibles de encontrar en la vasta llanura. Solo se la instauró como tal en 1776, por orden de Carlos III, ante la necesidad de defender las posesiones sureñas de las apetencias portuguesas y de proteger el oro y la plata potosinos de los piratas ingleses que se apostaban a la salida del puerto, o enfrente, en la ciudad hoy uruguaya de Colonia. Esto, porque era más fácil navegar rumbo al sur con los galeones españoles por los afluentes del Paraná y por el mismo Paraná y el Río de la Plata hacia Europa, que



Los enigmáticos. Recojo una alusión de los grillos: / su rumor es inútil, / no les sirve de nada / entrechocar sus élitros. / Pero sin la señal indescifrable / que se trasmiten de uno a otro / la noche no sería / (para los grillos) noche. JOSÉ EMILIO PACHECO, “Los grillos (defensa e ilustración de la poesía)”.

arriesgarse por el Pacífico hasta el estrecho de Magallanes, bordeando la inhóspita Patagonia, si sobrevivían al ataque de los araucanos y a las heladas tormentas del sur.

Que fuera sede virreinal quizás no cambió mucho la fisonomía aldeana de Buenos Aires, pero su posición privilegiada, que acercaba, remontando ríos, a los tesoros lejanos del Perú, la volvía apetecible para los ingleses. Estos, desesperados por el bloqueo impuesto por Napoleón, querían anexarla y encontrar desde allí nuevos mercados para lo producido tanto por su Revolución industrial como por sus colonias: la invadieron, fallidamente, en 1806 y 1807. Tanto un ejército improvisado como los ciudadanos la defendieron heroicamente: nuestros libros de historia cuentan cómo las mujeres, desde las terrazas de la calle luego llamada “Defensa”, echaban agua

hirviendo sobre los enemigos; eso también se convirtió en literatura:

Aquí y allá, los trajes de los britanos coagulaban sus manchas rojas. Desde la torre del convento transformada en fortaleza, los ingleses sembraban estrago. Había mujeres que arrojaban piedras y agua hirviendo sobre los invasores. (83) [...] De un salto me acurrugué en mi puesto de combate. Mientras apuntaba, el corazón me latía loco. A veinte pasos cayó un inglés con los brazos extendidos, un inglés muy rubio, casi tan dorado el pelo como las charreteras. (Mujica Lainez 1950, 84).

Es menester señalar acá que la calle todavía conserva el nombre de “Defensa” del lado sur de la Plaza

de Mayo (hacia San Telmo); del lado norte se llama “Reconquista”; el dato llamativo es que, en el número 101, se alzó con posterioridad la emblemática casa central del Banco de Londres. ¿Quiénes fueron, entonces, los verdaderos “reconquistadores”? Tanto aquellas invasiones inglesas como, años más tarde, la toma por la fuerza y el asentamiento en las Islas Malvinas (1833), administradas desde entonces como “territorio británico de ultramar”, sumados al “metafórico” emplazamiento del banco y al manotón de ahogados de los dictadores para sostenerse en el poder, con la fallida guerra contra la Inglaterra de Margaret Thatcher, cuentan para el resentimiento popular argentino contra los ingleses y explican que, en junio de 1986, cuando algún extranjero nos decía: “el gol de Maradona fue con la mano”, nosotros le respon-

diéramos: “Sí, pero fue contra los ingleses”. Diego Armando nos había dado, con su gol de pirata, un simbólico desagravio contra tantos piratas.

Ni siquiera luego de la independencia –gestada a partir de la Primera Junta de 1810 y proclamada en 1816 en Tucumán (más de 1 200 km al norte de la ribera porteña) por la desconfianza que ya entonces despertaba su afán centralista– Buenos Aires dejó de ser una aldea fangosa con un puerto de río donde los barcos no podían acercarse totalmente a la orilla. Sin embargo, su posición de privilegio le impuso aún dos bloqueos más en el periodo rosista (1829-1852): uno francés y otro anglofrancés.

Fue recién a la caída de Rosas y a partir de la presidencia de su acérrimo enemigo, Domingo Faustino Sarmiento (1868-1874), cuando Buenos Aires cambió definitivamente su aspecto hacia el de una urbe cosmopolita europeizada. Con el plan migratorio instaurado por él –uno de los primeros ensayistas “geopolíticos” latinoamericanos, autor de *Facundo o civilización y barbarie en las pampas argentinas*– para atraer mano de obra extranjera, el país, desde 1870 hasta entrado el primer cuarto del siglo xx, duplicó su población cada 20 años, fundamentalmente, con migrantes italianos del norte, españoles, irlandeses y judíos rusos y polacos. En 1914, 30% de la población del país era extranjera; sin embargo, en Buenos Aires el número ascendía a más de 60%; a su vez, dentro de ese porcentaje de inmigrantes, más de 60% eran italianos del norte (los del sur llegarían posteriormente).²

Esta radical transformación demográfica marca a fuego la cultura nacional pero, sobre todo, genera la particular cultura de Buenos Aires: citadina, portuaria, cosmopolita, luego, psicoanalizada y más tarde “psicobolche”.

Ni siquiera luego de la independencia –gestada a partir de la Primera Junta de 1810 y proclamada en 1816 en Tucumán (más de 1 200 km al norte de la ribera porteña) por la desconfianza que ya entonces despertaba su afán centralista– Buenos Aires dejó de ser una aldea fangosa con un puerto de río donde los barcos no podían acercarse totalmente a la orilla

Cabe aclarar entonces este neologismo tan porteño: por la influencia de la intelectualidad judía, la ciudad comenzó a destacar como bastión freudiano; a partir de los años sesenta, la zona de Palermo-Barrio Norte, donde los más prestigiosos psicoanalistas tenían sus consultorios, era conocida por los taxistas como “Villa Freud” y aún en los ochenta había allí bares cuyos nombres eran “Sigi” o “Jung”. El término *psicobolche* se acuñó despectivamente en los setenta, por parte de la derecha, para designar a los cientos de jóvenes de izquierda que estudiaban psicología o humanidades. Es la cultura de la muchacha de “boina calada al estilo del Che”, exiliada artesana vendedora en el mercado madrileño de El Rastro, que Joaquín Sabina homenajea y vuelve entrañable personaje latinoamericano en su canción “Con la frente marchita” –frase tomada, a su vez, del tango “Volver”, de Gardel y Le Pera–, en cuyo discurso de enamorada del Río de la Plata, “entre citas de Borges, Evita bailaba con Freud”.

Los testimonios literarios abundan y dos son cruciales para datar los cambios urbanos: la novela *La gran aldea. Costumbres bonaerenses*, publicada como folletín en 1882 por Lucio Vicente López (1848-1894) –como descendiente de antepasados argentinos ilustres, su nostálgica visión des-

confiaba de los cambios–, y toda la obra de Roberto Arlt (1900-1942) –un urbanita irredento, hijo de un durísimo inmigrante prusiano, a través del cual ve y critica la mezquindad del mundo que le toca vivir–; la ciudad y sus personajes quedan descritos, sobre todo, en sus *Aguafuertes porteñas*, que escribía en el periódico.

Una frase de lo que Arlt llamaba “curiosidades cónicas” sintetiza su sentimiento: “A nosotros nos ha tocado la horrible misión de asistir al crepúsculo de la piedad, y no nos queda otro remedio que escribir desechos de pena, para no salir a la calle a tirar bombas o a instalar prostíbulos. Pero la gente nos agradecería más esto último” (1929): los prostíbulos y sus historias también pueblan sus escritos. En esa cuna profana, de entrecruces sociales y de mandatos machos, de muchachas blancas traficadas con engaño, y otras, ya prostitutas europeas avezadas –“minas” y “cafishios”³ también nace la literatura del tango, ya erótica y procaz, ya deseante de mujeres lejanas, ya nostálgica del barrio perdido y, muchas veces, de lírica cínica y desencantada contra el mundo, como la de las letras de Enrique Santos Discépolo.

En esos entrecruzamientos de viajes y linajes, de tirante pasión por Buenos Aires, entre la biblioteca europea y el arrabal, entre

el Palermo de sus amores y el sur de sus sueños y miedos, también está Borges. Es difícil seleccionar un fragmento para ilustrar su amor ciudadano, pero el título de uno de sus primeros poemarios lo enuncia: *Fervor de Buenos Aires* (1923): "... divisé en la hondura / los naipes de colores del poniente / y sentí Buenos Aires. / Esta ciudad que yo creí mi pasado / es mi porvenir, mi presente; / los años que he vivido en Europa son ilusorios, / yo estaba siempre (y estaré) en Buenos Aires" ("Arrabal", 1974, 32); sin embargo, murió en Europa, y a pesar de lo que dijo en un poema del mismo libro sobre el oligárquico cementerio de Recoleta, está enterrado en Ginebra.

Entre las novelas más recientes que narran la ciudad, se encuentra *El cantor de tango* (2004), de Tomás Eloy Martínez (1934-2010).⁴ En ella, un narrador de mirada ajena –Bruno Cadogan, un estudiante norteamericano, sutilmente presentado como gay, que indaga para su tesis doctoral sobre los escritos de Borges acerca del tango– recorre Buenos Aires en busca de un cantor enfermo, con encantadora voz de sirena, que ofrece crípticos recitales tangueños, quien le fuera recomendado por la profesora y excelente latinoamericanista Jean Franco.

Si bien el momento principal del relato –la búsqueda– se sitúa en medio de la descomunal crisis argentina de fines de 2001 –que le costaría a la ciudad 39 muertos–, la trama, a través de la arquitectura urbana, está en permanente juego contrapuntístico con el pasado del último siglo, que ingresa en forma de *nouvelles*, abriendo en rizomas la historia principal y superponiéndose y redimensionando el laberinto arquitectónico.

El peregrinaje de *flâneur* del narrador-personaje diseña un mapa secreto, borgeano, asentado sobre las víctimas de crímenes im-

punes: una niña presuntamente secuestrada a principios del siglo por un oscuro jefe policial sanguinario (Ramón L. Falcón, personaje histórico, represor social a quien el anarquista ruso judío Simón Radowitzky⁵ mató junto a su secretario privado con una bomba casera arrojada al paso de su carruaje); una prostituta polaca llegada bajo engaño que pudo comprar su propia libertad y, sobre todo, militantes políticos masacrados, lo que permite intercalar episodios históricos, como el secuestro y muerte vindicatorios del general que derrocó a Perón a manos de los guerrilleros. La ciudad y la memoria funcionan así como espacios intercambiables, donde recorrer las calles de una es acceder a los laberintos de la otra.

Los caídos irán recibiendo del cantor el homenaje sonoro en el que el curso de la historia ha borrado de la arquitectura el rastro de su sangre. Bruno lo persigue en el entramado urbano: llega tarde a los homenajes, pero cartografía la ciudad al mismo tiempo que descubre las historias secretas de las víctimas. Finalmente, dará con él pocos minutos antes de que muera; solo podrá cantarle, con su voz de sirena ya exhausta, el primer verso de un tango "canónico": "Buenos Aires, cuando lejos me vi...", palabras iniciales de "La canción de Buenos Aires" (1933), con letra de Manuel Romero, Orestes Cúfaro y Azucena Maizani, tango interpretado tanto por ella como por Gardel. No es arbitrario que Martínez lo eligiera para la muerte del cantor, cuando él mismo se había tenido que ir de Argentina incluso antes de la dictadura, perseguido por la Alianza Anticomunista Argentina ("Triple A") que puso una bomba en su casa; uno de los asesinatos impunes en la novela tiene que ver con un crimen de esa agrupación parapolicial.

La letra completa dice:

Buenos Aires, cuando lejos me vi / solo hallaba consuelo / en las notas de un tango dulzón / que lloraba el bandoneón / Buenos Aires, suspirando por ti / bajo el Sol de otro cielo / cuánto lloró mi corazón / escuchando tu nostálgica canción. // Canción maleva, canción de Buenos Aires / hay algo en tus entrañas que vive y que perdura / canción maleva, lamento de amargura / sonrisa de esperanza, sollozo de pasión / ese es el tango canción de Buenos Aires / nacido en el suburbio que hoy reina en todo el mundo / este es el tango que llevo muy profundo / clavado en lo más hondo del criollo corazón. // Buenos Aires, donde el tango nació / tierra mía querida / yo quisiera poderte ofrendar / toda el alma en mi cantar / y le pido a mi destino el favor / de que al fin de mi vida / oiga el llorar del bandoneón / entonando tu nostálgica canción. //

Muchos de los que vivimos lejos de Buenos Aires, como Martínez al escribir la novela, pedimos lo mismo...

La Buenos Aires dibujada en la novela, precisamente porque su geografía se arma sobre las víctimas impunes, no es la ciudad que conocen ni recorren los turistas: el emblemático edificio de Obras Sanitarias (un bello palacio italiano que es solo una fachada), alguna estación del subterráneo, la zona de Mataderos, y sobre todo, el barrio de Parque Chas, el más extravagante de la urbe, porque es el único que, con su diseño circular, contrasta con el trazado en perfecto damero de Buenos Aires. Allí, no solo por ser la cuna del cantor, sino por ser el lugar donde, como al guerrillero Andrade –su amigo y vecino–, la historia grande lo había rozado con sus alas y él también oía el vuelo (199), transcurre



La vida extraterrestre. El insecto ofrece algo que no parece pertenecer a la moral y a la psicología de nuestro globo. Se diría que viene de otro planeta, más monstruoso, más energético, más insensato, más atroz, más infernal que el nuestro. MAURICE MAETERLINCK citado por PABLO SOLER FROST

uno de los capítulos relevantes: en él la historia se teje también como la calle circular del laberinto barrial, eje a su vez de la política dictatorial sangrienta.

Para cerrar este breve recorrido literario, podríamos decir, con Italo Calvino, que “Las ciudades invisibles son un sueño que nace del corazón de las ciudades invivibles” (2000, 15) y culminar con una cita del ensayista y profesor León Rozitchner (m. 2011): “Ciudad indiferente la ciudad teórica: por las historias

se torna habitable. Hay que despertar los fantasmas que duermen en sus calles” (2011, 12). Si alguna función tiene todavía la literatura urbana, es la de revivir esos recónditos fantasmas dormidos. **LPyH**

REFERENCIAS

- Abbate, Florencia. 2012. “Memoria y experiencia en El entenado”. *Argus-a. Artes & Humanidades. Arts & Humanities* (I) 4. <https://www.argus-a.com/archivos-dinamicas/memoria-y-experiencia-en-el-entenado.pdf>.
- Arlt, Roberto. 1929. *Autobiografías*. http://www.cervantesvirtual.com/obra-visor/autobiografias-seleccion/html/3bdfe3bf-58f0-4882-a0b1-9fd61d3f7d5c_2.html 3, s/n.
- Borges, Jorge Luis. (1923) 1974. *Fervor de Buenos Aires. Obras Completas*. Buenos Aires: Emecé Editores.
- Calvino, Italo. 1992. *Las ciudades invisibles*. Traducido por Aurora Bernárdez. Madrid: Siruela.

DUELO AL SOL



EDITORIAL BRUGUERA, S. A.

BARCELONA - BOGOTA - BUENOS AIRES - CARACAS - MEXICO

Duelo al sol. Aquí yace Faetón, auriga del carro de su padre, / Y, aunque no supo girarlo, cayó en un grandioso intento. PUBLIO OVIDIO NASÓN

Campoamor, Jaime. 2017. "La azarosa vida de Simón Radowitzky, el anarquista ruso preso en Argentina, idolatrado en la Guerra Civil de España y que acabó fabricando juguetes en México". *BBC Mundo*, 26 de febrero. <https://www.bbc.com/mundo/39069257>.

Casas, Javier Simón. 1991. "Algunos italianismos en el lunfardo". *Estudios de Lingüística de la Universidad de Alicante* 7: 27-43.

De Certeau, Michel. 2000. "Walking

in the City". En *The Practice of the Everyday Life*, traducido por Steven Rendall, 91-110. Berkeley: University of California Press.

Martínez, Tomás Eloy. 2004. *El cantor de tango*. Buenos Aires: Planeta.

Mujica Láinez, Manuel. 1950. *Misteriosa Buenos Aires*. Buenos Aires: Sudamericana. <https://bibliotecabop40misiones.files.wordpress.com/2013/04/misteriosa-buenos-aires-manuel-mujica-lainez.pdf>.

Piglia, Ricardo. 2005. "Prólogo". *El último lector*. Buenos Aires: Anagrama-Edigraf.

Rozitchner, León. 2001. *Mi Buenos Aires querida*. Buenos Aires: FCE.

NOTAS

¹ "Manucho" fue Premio Nacional de Literatura en 1963, entre otras distinciones nacionales e internacionales.

² Esa oleada posterior es la que hace que, en Argentina, a todos los italianos se les diga, cariñosa o despectivamente según el tono, "tanos", ya que la mayoría era de Nápoles (aunque también llegaron calabreses y sicilianos) y cuando se les preguntaba por su origen, decían "sono napolitano".

³ "Mina", término hoy resignificado y reapropiado por las jóvenes locales como sinónimo de mujer, significaba prostituta, pensando en ellas desde una noción extractivista (del "oro" que representaban para el rufián); "cafishio" –derivado del italiano jergal boloñés cafiel: joven (Casas, 33)– era el proxeneta.

⁴ Destacado periodista internacional, fue también profesor de literatura latinoamericana en Rutgers University. Ganó premios como escritor (Alfaguara 2002, Konex 2004) y como periodista (Premio a la trayectoria profesional, Diario El País, España, 2009). Su estupenda Santa Evita (1995) es la novela argentina más traducida de todos los tiempos y una de las más vendidas en español.

⁵ La biografía de Radowitzky es fascinante aun leída en Wikipedia.es. Lo curioso y relevante para esta publicación veracruzana es que murió en CDMX, de un infarto, en febrero de 1956, luego de haber huido de España tras la derrota de los Republicanos y haber escapado de un campo de concentración en Francia; está enterrado en el Panteón Español bajo un epitafio que dice: "Aquí reposa un hombre que luchó toda su vida por la libertad y la justicia social" donde todavía algunos dirigentes obreros mexicanos le rinden homenaje. Vivió en este país bajo el nombre de su pasaporte español: Raúl Gómez Saavedra; trabajaba en una fábrica de juguetes.

Cecilia López Badano es docente investigadora en la UAQ y miembro del SNI. Mención honorífica Casa de las Américas por sus ensayos sobre Roberto Bolaño. Ph. D. por la Universidad de Oregon, fue profesora en la Facultad de Letras en la UBA.